

## **Zumbidos en la cabeza**

# Zumbidos en la cabeza

DRAGO JANČAR

TRADUCCIÓN DE SIMONA ŠKRABEC



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:  
*Zvenenje v glavi*

Copyright: © Mladinska knjiga Založba, Ljubljana 2002

Primera edición: 2015

Traducción  
© SIMONA ŠKRABEC

Imagen de portada  
*Untitled (Death Mask) / Ohne Titel (Totenmaske)*, 1978,  
ARNULF RAINER born 1929, Photo © Tate, London 2015

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-16358-02-1  
Depósito legal: M-17794-2015

Impreso en España



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Este libro fue publicado con el apoyo de la Fundación Trubar en la Asociación de Escritores de Eslovenia, Liubliana, Eslovenia.

En agosto de 1975, en la vetusta prisión de la ciudad de M., escuché la historia que intentaré reproducir en estas páginas hasta el último detalle. Su mismo protagonista me relató los hechos durante una serie de tardes bochornosas, mientras en la terraza de un hotel cercano resonaban melodías que tocaba una orquesta en vivo. Lo recuerdo: conversábamos de pie en medio del pasillo, apoyando los codos en el alféizar de la ventana que se encontraba justo delante de la celda en la que pasé aquel verano. El narrador se entusiasmaba con los detalles y a veces traíamos sillas, por mucho que nos lo prohibiesen, ya que un trabajo de esa índole era imposible de completar de pie. El asunto requería tiempo. Además, él siempre estaba atento a que yo realmente apuntara todo lo que me decía. Mientras percibíamos el sonido de la orquesta y nos llegaban las brisas cálidas de la tarde, cargadas de humedad, él hablaba con la vista fija en un punto indeterminado entre las rejas. Su mirada buscaba algo en la lejanía, en el pasado, en los sueños. Y si por un momento volvía su mirada perdida hacia mí, entonces no buscaba el contacto con mis ojos, sino con mi bolígrafo. «¿Por qué no escribes?», decía con tristeza si mi bolígrafo permanecía quieto: «Se trata de cosas importantes». Y si en cambio veía que la punta del bolígrafo se deslizaba por el papel, estaba contento, aunque siempre se mostraba algo reservado. «Escribe», me decía, «anótalo todo, se trata de la Historia». El narrador fue testigo y participante directo en la famosa rebelión del bloque sur de la prisión y como apodo escogió el nombre de Jožef Flavio, es decir, nada menos que Flavio Josefo. Conocía bien su obra *La guerra de los judíos* y estaba convencido de que, «desde un punto de vista objetivo y retrospectivo», esos hechos, la Gran Revuelta Judía y el asedio de Masada, nunca habrían pasado a la Historia sin la intervención de Flavio Josefo y su capacidad de anotarlos todo

minuciosamente, no sólo los hechos, sino también los sueños de los participantes en los dos bandos enfrentados. Su objetivo era hacer lo mismo con los acontecimientos que él testimonió: quiso que su vida se convirtiera en un relato y por eso necesitaba un cronista que le pudiera asegurar un lugar en la memoria colectiva.

Mi narrador era de todos modos un hombre peculiar entre todos los líderes de la famosa rebelión de Livada, que después del desenlace fueron repartidos por las prisiones de aquel entonces extenso Estado. La intención era que se olvidasen los hechos de la manera más rápida posible, para que a nadie le pudiesen servir de ejemplo, y que se borrara hasta el último recuerdo. Entre todos esos lobos esteparios él disfrutaba de la reputación más indiscutible. Sus huellas eran imposibles de borrar. Una estela amplia de gestas épicas dejaba rastro dondequiera que él pusiera sus pies. Se convirtió en una leyenda mientras su cuerpo todavía estaba vivo.

Poco después de mi ingreso en la vetusta prisión de la ciudad de M., me encontraba en la sala de espera para ser trasladado a los pisos superiores cuando vi a un joven interno —pero de larga trayectoria en esa institución— que se precipitó hacia la ventana, exclamando con fervor: «¡Está aquí! ¡Keber está aquí!». Yo, en cambio, no fui capaz de discernir nada más que unos pies y unas piernas, visibles hasta la altura de las rodillas. Allí fuera había muchas piernas enfundadas en pantalones grises, muchos pies calzados con botas pesadas que durante el receso de la tarde daban vueltas como un enorme ciempiés por el patio. Me consideraba un chico espabilado, de manera que pregunté cómo alguien podía saber quién era Keber si no se podía distinguir nada más que unos zapatos y unos pantalones idénticos. Mi colega de la sala de espera replicó secamente y no sin desprecio: «Él arrastra los pies». No me puedo ni imaginar qué clase de desprecio me habría destinado el joven si yo me hubiera atrevido a pronunciar la pregunta que tenía en la punta de la lengua: «¿Quién es Keber?». Sería lo mismo que si un estudiante de Historia hubiera preguntado quién era Espartaco o quién Robespierre.

Keber era el nombre que se pronunciaba con respeto aquel verano en la vetusta prisión de la ciudad de M. Las anécdotas de su vida circulaban de boca en boca en los murmullos nocturnos, se

trataba de unas aventuras que dejaban sin aliento a los ladrones comunes, los estafadores y los violadores. Keber había sido un boina verde y, al parecer, en Vietnam había dormido entre los cadáveres. Se había embarcado como marinero y recorrido los océanos. En la República Dominicana, había dejado en calzoncillos a un grupo de generales que temblaban de miedo delante de él. En Rusia, varias mujeres habían intentado suicidarse porque las dejó. Y cuando la policía se dispuso a detenerlo después de un exitoso robo de correos, que incluía también una traición denigrante, tuvo que movilizar a un batallón entero. Precintaron un determinado barrio de Liubliana y pusieron puntos de control en todas las salidas de la ciudad. Pero ninguno de esos hechos gloriosos le habría reportado su fama si Keber no hubiese sido el inductor de la gran rebelión de Livada y el único líder que mantuvo hasta el final sus reivindicaciones iniciales. Según la única versión que tuve ocasión de escuchar —es decir, según la versión disponible en la vetusta prisión de la ciudad de M.—, Keber era, sin duda alguna, el primer y el único héroe de la crónica todavía no escrita de la famosa rebelión. Quizá los demás líderes legendarios de la misma rebelión, cuyas hazañas todavía deben ser estudiadas por la historia «desde un punto de vista objetivo y retrospectivo», tengan otras opiniones sobre el rol del individuo en la historia de la humanidad aún no escrita, pero a pesar de eso tiene sentido preguntarse: ¿alguno de ellos podría ser reconocido desde una ventana del semisótano sin ver más que sus pies y sus piernas hasta las rodillas? Keber resultaba inconfundible por su famosa manera de andar arrastrando los pies y un balanceo característico. Su figura era fácil de reconocer de lejos porque era un hombre bajito pero fornido, y siempre andaba con cabeza alta. Y también llamaban la atención las entradas, que delataban una calvicie incipiente. Pero lo que resultaba inolvidable era su mirada de águila que parecía escudriñar horizontes lejanos, por mucho que no pudiera ver más allá de la primera pared. Su mirada parecía tener la capacidad de atravesar cualquier muro y ver océanos remotos, desiertos, selvas y grandes ciudades con sus calles y puertos lejanos, protegidos por enormes rompeolas.

Los grandes personajes tienen vicios pequeños. Keber también tenía alguno. De hecho, sólo podría nombrar dos, pero como ahora no viene al caso y esos vicios no tienen ninguna importancia decisiva para comprender el inicio explosivo de la rebelión de Livada, y de su no menos inquietante continuación, por ahora los dejaremos de lado. Sin embargo, me advirtieron enseguida que su punto débil eran los gestos soeces, obscenos o groseros; no podía soportar que nadie los hiciera en su presencia: el dedo medio levantado, el brazo doblado por el codo, cogerse las partes... Por no poder, ni siquiera podía soportar ver un palillo entre los dientes. Exigía que en su presencia todos se comportasen de manera educada, ignorando las circunstancias y el entorno en el cual vivían. Si alguien no respetaba los buenos modales que él exigía, primero era amonestado de palabra y luego, si el comportamiento impropio se repetía, las consecuencias resultaban menos agradables. Su segundo punto débil era más peligroso porque, en este caso, actuaba sin aviso previo: el castigo era inmediato, su ira era repentina y el ataque siempre acababa con algún hueso o alguna pieza de mobiliario rotos. Si bien ante un gesto soez primero reflexionaba y luego actuaba, el ruido de cubiertos arañando el fondo del plato suscitaba en él una reacción sin premeditación. Vi un incidente con mis propios ojos: un día a la hora del almuerzo su rostro se ensombreció de una manera extraña, su mirada quedó inmóvil, todos los músculos entre la barbilla y los dientes temblaron, la mandíbula no dejaba de masticar y todos se quedaron mudos. En cambio, el pobre infeliz no se dio cuenta de nada y continuó rascando el fondo del plato de hojalata con la cuchara. Los compañeros de la mesa le arrancaron la cuchara de la mano y luego todos se quedaron expectantes, a ver si en aquella ocasión el incidente pasaría sin más o si el episodio tendría consecuencias nefastas para el infractor. No pasó nada.

—Oigo ruidos —me explicó él mismo por la noche. Entonces, yo ya había llegado a ser su cronista oficial y digno de toda su confianza.

—Oigo ruidos en mi cabeza. No puedo soportar el ruido que hacen los cubiertos metálicos contra el plato de hojalata —me dijo—, porque entonces el ruido se transmite al interior de mi cabeza.

—Mucha gente siente cómo les resuena dentro de la cabeza —añadí yo.

—Pero si a mí no me resuena nada —dijo un poco molesto—, no me estarás comparando con la campana de una iglesia. Lo que me pasa es que oigo ruiiiiidos, oigo unos chirriiiiidos terribles. Se trata de un sonido agudo que sólo puede ser producido por el contacto entre dos metales. Lo interpreto como un aviso —me dijo— de que alguna vena pudiera estallarme dentro del cerebro. Y cuando pienso en esa posibilidad, el ruido se hace aún más agudo.

En las circunstancias en las que pasó la mayor parte de su vida, en barcos, cuarteles y prisiones, era difícil evitar que los cubiertos chocaran contra los platos de hojalata. Así que en su cabeza el zumbido metálico aparecía con mucha frecuencia y eso le provocaba no pocos problemas, aunque menores de los que tenían con él todos aquellos que no conocían su manía.

No soportaba, pues, los gestos soeces ni el ruido de los cubiertos contra el plato de hojalata; en cambio, le encantaba observar cómo mi bolígrafo se deslizaba por el papel mientras apuntaba sus pensamientos y gestas. Alguna vez tuve la sensación de que él vivía a la espera de que llegara la última hora de la tarde, cuando teníamos la costumbre de empezar a trabajar, a veces de pie, otros días sentados. Muy a menudo lo encontraba esperándome al lado de la ventana del pasillo. Lo dejaban ir hasta allí, aunque estaba sometido a un régimen de estricto confinamiento. Cómo lo conseguía, todavía no me lo puedo explicar. Tenía que atravesar una gruesa puerta de hierro que le debían abrir expresamente. Cada tarde, él estaba allí y cada tarde añadía nuevos capítulos a su narración. Nos encontrábamos después de la cena y trabajábamos hasta las diez de la noche, cuando tocaba ir a dormir. Ése era un tiempo de ocio y, en parte, también un tiempo de recogimiento. Las puertas de las celdas quedaban abiertas, algunos mataban su soledad repasando sus recuerdos, otros con sus charlas y los demás con bebida traída clandestinamente. Entre los muros gruesos y sólidos de construcción austrohúngara, que nos protegían durante el día del calor sofocante del verano, se colaba al final del día el bochorno de agosto, junto con los sonidos de la orquesta que tocaba en la terraza del hotel al

otro lado de la avenida. Esas melodías convertían el tiempo de ocio en un momento en el cual el pecho se sentía hueco y la cabeza, vacía. A algunos les parecía que la soledad de la última hora del día era un estado en el cual se desvanecían los recuerdos, otros la percibían de forma angustiada y los más sabios la llamaban melancolía, pero en cualquier caso era un vacío que debe llenarse de algún modo. El protagonista de ese relato y su cronista lo hacían con los hechos y los sueños que se produjeron durante el tiempo de la gran rebelión. Mientras a través de los muros penetraban las melodías del teclado eléctrico y las guitarras, en su relato se despertaban los rumores de la gran batalla y los reflejos de los incendios que iluminaban la Livada rebelde y sus palabras daban relieve tanto a las acciones nobles como a las cobardes. Cada noche, unos instantes antes de las diez, la orquesta del hotel tocaba «Bésame mucho». Esa canción era el tercer punto débil de nuestro héroe histórico. Se lo notaba inquieto, y no es extraño, porque aquí dentro nadie se puede permitir dejarse llevar por los sentimientos, bajo ninguna circunstancia. De todos modos, alguna vez sí que tocamos el tema de Leonca y de dos mujeres más que había conocido en Odesa. Esas confesiones empezaban siempre con un insulto. Los insultos él no los consideraba palabras soeces, los insultos eran una simple estrategia mnemotécnica, unas muletas emocionales para empezar a desgranar con frases cortas las historias de sus amores perdidos. Y luego me tocaba a mí encontrar la manera de integrar esos sentimientos en el relato de sus gestas.

Entre todos sus viajes legendarios y todas las batallas en las que participó, lo que más le impresionó fue el viaje que lo llevó al pie de Masada, la antigua fortaleza judía al lado del mar Muerto. El viaje como tal no podía formar parte de la narración sobre los hechos históricos en los que participó, porque se trataba de una breve estancia turística en compañía de Leonca, pero le dejó una huella imborrable, nunca más lo pudo olvidar y volvía a mencionarlo una y otra vez. El viaje desde Jaffa hasta Jerusalén y de allí hasta el mar Muerto y Masada era su obsesión. Los últimos minutos de la conversación, justo antes de separarnos, siempre se despedía con una frase que hacía referencia a aquel viaje. Parecía que allí tuvo algo parecido a un momento de epifanía. Pero no supo, o no quiso, explicarme de

qué clase de revelación se trataba. Lo único que sé es que los insurgentes como Menájem o Eleazar, u otros héroes de aquellos tiempos lejanos, impulsados por la fe noble y el temor a un Dios todopoderoso, lo obsesionaban. Su propia vida, en cambio, no era más que una sucesión de zumbidos en la cabeza, producidos por cucharas que arañan el fondo de platos de hojalata o por la ira que provocan dedos medios soezmente levantados.

Después de oír el «Bésame mucho» tocado por la orquesta de la terraza del hotel, el pitido prolongado del timbre anunció que ya era hora de ir a dormir. Primero se oyeron los chirridos de los cerrojos y después los pasos de los vigilantes que se marchaban, acompañados por el sonido de las llaves chocando una contra otra. Y cuando ya se habían acabado las últimas bromas y comentarios sexuales y ya no se escuchaban más chorros de orina en los váteres, cuando ya se empezaban a oír los primeros gemidos y ronquidos de unos cuerpos que se removían inquietos en sus camas, yo empezaba a pensar en aquel hombre cuya vida estaba estudiando, en el hombre que empezó una rebelión y la supo llevar gloriosamente hasta su conclusión. Las alas de la fantasía que se despegan de noche y vuelan alrededor de todos los espacios cerrados de ese mundo traen consigo la libertad. De manera que no os debe extrañar si el protagonista de ese relato sustituye los acontecimientos que él mismo vivió con acontecimientos pretéritos que tuvieron lugar en Judea. En las prisiones, los sueños también se dejan llevar por las alas de la imaginación. Por eso, no es difícil que el ambiente y los conflictos característicos del lumpen sean confundidos con los caminos que llevan directamente al cielo.

No hago nada más que apuntarlo todo y establecer las conexiones, procurando no apartarme del modo en que llegaron a mí.

Han pasado veinte años desde entonces y desde la rebelión de Livada, alguno más. Desde la guerra judeo-romana y el asedio de Masada han pasado más de dos mil años. ¿Quién, pues, se atrevería a poner su mano en el fuego por la veracidad de cada palabra de ese relato, tal como está escrito? He intentado ser un cronista imparcial, o al menos no alterar el testimonio de nuestro héroe y narrador. Lo único que añadí, a causa de sus frecuentes comparaciones

entre la rebelión de Livada, la guerra judeo-romana y el asedio de Masada, son algunas explicaciones históricas breves, tomadas del libro de Flavio Josefo, para que el lector no se encuentre desamparado y pueda interpretar qué tenía nuestro héroe en la cabeza más allá de los zumbidos que lo atormentaban.

Por entonces yo todavía no sabía que en los espacios cerrados la intensidad de los ruidos lejanos aumenta proporcionalmente y el vuelo de los sueños se hace más amplio.

Su narración a menudo era resultado de los sueños y con los sueños, me aseguró él mismo, empieza de hecho esta historia. El antiguo rey Herodes tuvo un sueño premonitorio en el cual un águila le vaciaba los ojos y luego llegaron la destrucción del Templo, la Gran Rebelión de Judea y el final de su reino. También nuestro protagonista tuvo la premonición a través de un sueño de que se produciría una rebelión en Livada. En los últimos sueños antes de la tempestad, una mujer estaba abriendo latas de conserva y a él se le metió un lagarto en la cabeza: ¿qué podría significar un sueño como ése sino una maldición?

En la cabeza de ese hombre se instaló un anhelo inconsolable. Allí estaba el chirrido de las ruedas de los trenes de su niñez, allí había una nave que se deslizaba por la superficie del mar, allí había una habitación cálida de los suburbios dónde vivía una mujer sola. Pero todos esos recuerdos se iban perdiendo y convirtiéndose en la nada y a causa de esa sensación su cabeza, y con ella el mundo entero, amenazaba con estallar.

Keber me explicó que antes del incendio, antes de que todo se convirtiese en humo, fuego, ruido, destrucción y aullidos de sirenas, antes de que esa triste historia empezase, reinaba el silencio absoluto, un silencio propio de la creación del mundo:

Y yo soñaba que estaba en Odesa, soñaba que estaba en la cama en algún lugar de Odesa y que a mi alrededor no había nada, hasta que reconocí el mobiliario y me percaté de que estaba dentro de aquel pequeño piso, pero a mi alrededor todavía reinaba el silencio. Luego se oyó un sonido apenas perceptible detrás de la pared o debajo del suelo, como de una carcoma o de una cucaracha. Junto con ese sonido entró también el agradable rumor de las olas del mar. Durmiendo sabía que me lo pasaba bien, aunque sentía el ruido insistente como si alguien, o algo, rascara la pared. Abrí los ojos en medio de los sueños, de eso me acuerdo perfectamente, y allí había una manta que dividía la habitación en dos. Cuando abrí los ojos, vi que no lejos de mí, a los pies de mi cama, estaba Maša. Me sonrió, no me dijo nada, pero aun así yo sí que oí su voz diciéndome cuánto había dormido hoy, toda la mañana.

Todo eso me pasaba en sueños, cuando las cosas, por extrañas que sean, resultan del todo verosímiles. Luego se oyeron también voces humanas, unas voces suaves, a pesar de que el ruido de alguna alimaña arañando la pared no desaparecía nunca.

—Maša —le dije—, tenéis una carcoma, una cucaracha o una lagartija detrás de la pared.

—No es una lagartija —dijo ella, sin haberlo dicho, evidentemente—, es mi madre.

Me desperté del todo de mis sueños. Desde la calle llegaba el viento cálido de la tarde, a la orilla del mar Negro se oían las voces que tanto tranquilizan, voces de niños jugando, los ladridos de los perros; más lejos se intuía el rumor del puerto, las naves que maniobraban, que atracaban, los murmullos de la gente en los muelles. Maša me sonrió y yo sentía la presencia olorosa de su cuerpo. «Estoy en Odesa», pensé, «la nave zarpa en quince días, el cuerpo de Maša es tan cálido porque ella también se acaba de despertar, detrás de la pared hay una lagartija que hace un ruido apenas perceptible».

—Maša —le dije, sin haberlo dicho, evidentemente—, estoy bien aquí. Me quedaré.

Y entonces aquel ruido de arañar y perforar la pared penetró en la habitación y me incorporé de golpe, apoyándome sobre los codos:

—¿Qué es eso?

—No es nada —dijo ella—. Es mi madre, está abriendo latas.

Se trataba de las latas que yo mismo traje del barco porque en Odesa los alimentos escaseaban, reinaba la miseria y en ella vivían también Maša y Katarina, su madre, que ahora hacía esos sonidos desagradables de timbre metálico. De pronto, yo ya no me encontraba bien allí, de pronto ya no sabía si estaba soñando o qué.

—¡Katarina —grité, porque empezaba a sentir hueca la cabeza—, me estás perforando la cabeza con tus latas!

Katarina era una mujer imponente, los marineros la llamaban Catalina la Grande, tenía un pecho prominente y brazos fuertes y dominaba los masajes y lo que hiciera falta, y con sus manos fuertes ahora arañaba las latas. Katarina murmuró algo desde el otro lado de la manta y entonces el zumbido en mi cabeza empezó a ser realmente agudo, metálico.

—No lo aguanto —dije.

Le expliqué a Maša que no puedo aguantar ese chirrido metálico terrible, ese contacto entre dos metales:

—Me produce escalofríos que pasan de mi espalda al interior de mi cabeza y se convierten en un zumbido insistente. Desde que era niño no lo puedo aguantar.

Le mostré a Maša que no podía aguantar que alguien rascara con un objeto metálico una superficie también metálica.

—Mamá, ya está bien —gritó Maša en ruso.

La madre no dejó de hacer lo que estaba haciendo, pero incluso si lo hubiera hecho ya habría sido demasiado tarde, porque el temblor había pasado al interior de mi cabeza, los zumbidos reverberaban dentro de mí. Dentro de mi cabeza había un lagarto que con sus patas rasgaba el fondo de mi cráneo, con sus dientes afilados mordía mi carne produciendo un sonido metálico; se oyó en aquel instante el aullido de la sirena de un barco, los niños de la calle empezaron a chillar, me puse de pie con un salto, Maša gritaba, la madre dejó de hacer el ruido, pero ya era demasiado tarde. El chirrido metálico, el lagarto metálico, la sirena del barco, todo se convirtió en aquel zumbido que me quiere hacer estallar el cráneo, de manera que salté de la cama de golpe.

El timbre de la prisión, con su sonido metálico enlatado, partía la noche, partía la noche fríamente hasta el alba, mientras la cabeza todavía estaba aturdida por el peso del lagarto y de sus dientes afilados. De pronto, Maša había desaparecido y también el rumor de las olas, el barco que estaba esperando para embarcar se había esfumado; sólo quedaba el ruido que ocupaba todo el espacio, que llenaba mi celda, los pasillos de la enorme prisión y también el interior de mi cabeza, todo el espacio que quedaba dentro de mi cabeza.

2

Cerré los ojos, me tapé por encima de la cabeza, intentaba volver a Odesa para estar cerca de Maša, para embarcar hacia la libertad en el barco que me estaba esperando, preparado para

zarpar hacia el mar abierto. En un rincón de la celda alguien tiró de la cadena, el agua que bajó por el váter se llevó los últimos restos de mis sueños, los últimos recuerdos de Odesa, hacia las cloacas de la prisión.

Ahora el mundo había dejado de existir. Se había esfumado el cuerpo perfumado y cálido de Maša, y su sonrisa. Aquí no había ningún puerto abierto al mar, todo había desaparecido y solamente me quedaba esa maldita celda. El inodoro estaba separado de las camas sólo por una cortina pesada y grasienta; en esa prisión las deposiciones humanas eran enjugadas dentro del mismo espacio donde dormíamos. En la penumbra de la madrugada una sombra se me acercaba desde aquel rincón maloliente, infectado de algas. Se estaba abrochando los pantalones. «Estás aquí, Keber, y no en Odesa». De todo aquello no quedaba nada, excepto el lagarto en mi cabeza y sus mordiscos.

Los últimos temblores del timbre se detuvieron, su pitido metálico dejó de sonar, pero no desapareció el ruido en mi cabeza, en mi cabeza no. El zumbido siguió más o menos durante todo el día. Me acompañó todo el día, con cada paso la intensidad se renovaba, el lagarto se movía bajo los huesos del cráneo, el águila me vaciaba los ojos, las latas crujían, el timbre metálico vibraba y la vibración pasaba directamente al córtex cerebral.

Recuerdo muy bien que aquel día oí el sonido del tenedor que daba golpes contra los dientes de oro de Johan.

—¿No podrías ir con más cuidado? —le dije.

—¿A qué te refieres? —me dijo—. Es que aquí no puedo ni comer en paz.

—Que dejes de joderme —le dije y tiré mi cuchara sobre la mesa y me acerque a la ventanilla de la cantina para esperar a que abriesen la puerta del comedor y así poder salir como uno más del rebaño.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —dijo Johan masticando un palillo entre sus dientes de oro cuando me alcanzó en la cola. Le expliqué que me mortificaba el zumbido en la cabeza.

—Me parece —dijo metiéndose otro palillo en la boca— que debes de estar un poco nervioso.

Claro que estaba nervioso, no lo podía negar. Pero mi nerviosismo no tenía nada que ver con el hecho, como algunos sostuvieron después, de que no hubiera recibido ninguna carta de Leonca desde hacía mucho tiempo o de que la comida fuera repugnante o de que no quisieran cambiarme de celda o de que no me dieran un permiso para poder ver la retransmisión del partido de básquet. Ninguna de las otras razones que figuran en el informe es cierta, porque no son más que inventos de los funcionarios u otros psicópatas que se ven por la prisión. Nada de todo esto es cierto.

Hay días en los que se percibe la electricidad en el aire, en los que hay que andar con cuidado de no pisar el pie a nadie; es evidente que hay días en los que uno presiente que se cuece algo grave. Desde la perspectiva actual es fácil decir que aquél era uno de esos días. Detrás de los montones de leña acopiados para el invierno se organizó una gran borrachera. Teršič prohibió las visitas. La decisión sobre el partido de baloncesto se aplazó hasta la última hora de la tarde. No sé qué hay anotado en los archivos del Ministerio y la policía, ni me importa. Yo fui quien cargó la tele y la estampó contra la ventana, yo fui quien la arrojó contra el cristal que se rompió, mientras el resto del aparato quedaba atascado entre el marco y las rejas. Y también el resto de los incidentes, a partir de aquel momento ya imparable, el torrente de violencia contenida que rompió el dique de contención, tuvieron su origen en mi cabeza y en los sueños de aquella misma noche, de aquel mismo día.

3

¿Qué fue lo que provocó mi ira? El Viejo me lo preguntó después de que todo terminara, ya después de la caída de Masada. ¿Qué provocó mi ira? «Un gesto soez», le dije, «un gesto obscuro

y grosero, un gesto digno de un cerdo». No le expliqué que entonces el zumbido en mi cabeza ya había empezado, que oía el ruido desde primera hora de la mañana porque había tenido aquel sueño sobre las latas y también a causa del timbre y del ruido de los váteres. Y que cuando empezó el partido de baloncesto todos esos ruidos interiores se calmaron y que el gesto indigno del pequeño Albert, el vigilante de aquella noche, volvió a remover algo dentro de mi cabeza y el lagarto mordió mi córtex con una dentellada metálica tal, que mi ira se despertó con una fuerza renovada. El Viejo no pudo contener la risa.

—Perdone —me dijo—, esto es un poco ridículo.

El Viejo es un hombre razonable que pasó toda su vida entre prisioneros, fue director de muchas instituciones penitenciarias diferentes y conoce todos los matices de los gestos soeces.

—No es nada divertido —le dije—, ese hombre me estaba provocando. Nos tapaba la pantalla con su cuerpo y luego todo el rato jugaba con su porra de manera indecente.

—Los vigilantes tienen derecho a llevar porra —dijo el Viejo.

—La introducía por un orificio simulado con sus dedos, fingiendo hacerse una paja a la vista de todos.

—No me diga —dijo el Viejo—. Eso sí que me parece indecente.

—Digno de un cerdo —repliqué.

—El informe oficial sostiene —dijo el Viejo— que la batalla empezó cuando él apagó la televisión.

—Eso pasó después —dije—. Ese hombre —añadí—, ese Albert es un gran cerdo.

—¿Y por el gesto grosero de una sola persona hay que destruirlo todo?

—La sublevación de los judíos —le dije— también empezó a causa de un gesto soez.

—Por favor, Keber —dijo el Viejo—, la Historia es otra cosa.

—No es otra cosa —le corregí—. Un soldado romano ofendió con un gesto a los judíos. Y a uno de ellos eso lo sacó de quicio, cogió una piedra y de ahí hasta que la ciudad entera fue

destruida. Así es como empezó todo aquello. Y a mí me irritó el vigilante Albert con su porra, obstaculizando con su culo la visión del partido. Además, aquel día, desde por la mañana, el zumbido en la cabeza no me dejaba tranquilo.

4

¿Cómo, de hecho, empezó la revuelta del año 66 que acabó en destrucción, incendios, asedio y una guerra prolongada? ¿Qué provocó los primeros incidentes? Flavio Josefo explica que el origen de todo fue una vieja profecía. Un oráculo difícil de interpretar que se encontraba en las escrituras sagradas y que advertía a los judíos que un hombre de su país se convertiría en rey de todo el mundo. Hay otros historiadores que consideran que en aquellos años en Palestina se creó una atmósfera de inseguridad, provocada por causas religiosas y sociales, que las tensiones y los altercados no paraban de crecer. Pero el detonante fue un incidente que tuvo lugar durante las celebraciones de la Pascua Judía. Y que fue provocado por un gesto soez. Durante las celebraciones de la Pascua en Jerusalén un soldado romano, que vigilaba el acceso al Templo, ofendió con un gesto soez a los peregrinos. Un solo gesto soez es suficiente para desencadenar la maldad. Hace dos mil años que ese gesto está presente en la cultura latina. El dedo gordo y el dedo índice formando un círculo y el dedo índice de la otra mano entrando y saliendo de ese círculo, o mejor dicho, de ese orificio. Dicen que el soldado romano utilizó con ese fin no su dedo, sino su lanza, el mango de su lanza. Y que lo hizo hasta que los peregrinos perdieron la paciencia. Una gran multitud se fue a Cesárea para protestar contra la ofensa. El gobernador romano pacificó los espíritus revueltos ejecutando al culpable de semejante ultraje. Pero tomó esa decisión con demasiada lentitud. En muchos lugares ya habían empezado los disturbios simultáneamente. En Jerusalén pronto reinó un caos absoluto.